

Textos exposiciones

oyce en Madrid, *Ubicarte*, junio de 2004

La exposición del Círculo de Bellas Artes, que coincide con el primer centenario del "Bloomsday", es una excelente ocasión para volver sobre una de las figuras literarias del siglo XX, un autor tan ensalzado como desconocido. Lo de menos es el trabajo gráfico de Arroyo, lo de menos es si Dámaso Alonso comprendió, si Valle-Inclán firmó o no tal carta. Lo importante es poder volver, por cualquier camino, sobre Joyce. A medias entre la admiración, la repetición de clichés y la pura ignorancia, el autor de *Ecce puer* permanece en nuestra provinciana España actual sepultado bajo un sinfín de consignas. ¿Quién ha leído, ya no digo *Ulysses*, sino alguno de los dos libros de poemas (*Chamber music* y *Pomes penyeach*) disponibles en España desde hace más de treinta años?

El tópico habitual nos cuenta que España era en los años veinte un país atrasado, descolgado de las vanguardias mundiales. En realidad, ocurre más bien lo contrario. Era entonces cuando un Ortega o un Dámaso Alonso permanecen completamente atentos a Heidegger, a Freud, a Joyce. Se da en aquellos años una sed de conocimiento, coincidiendo con cierta potencia para la invención política, que después se pierde. Nos encontramos así, después de una larga historia de Joyce en España (la traducción tercera, la de Valverde, es ya de 1976) con sorprendentes afirmaciones. Germán Gullón, en *El Cultural*, recita tal cantidad de tópicos y disparates sobre los personajes de Stephen Dedalus y Leopold Bloom, que por sí solos explican el destino paradójico que ha corrido Joyce entre nosotros, tan rápidamente ensalzado como sepultado.

Gullón se equivoca también en una cuestión clave: no es "la gente leída y pasada por las aulas universitarias" la que puede disfrutar de libros "complicados" como el *Ulises*. Más que erudición (es a los expertos a quienes el autor de *Ulises* pone mil trampas), Joyce nos exige una apuesta delirante por la posibilidad incierta del día. También un ejercicio animal de memoria, como de otro modo ocurre en *Pedro Páramo*. El laberinto de un solo día en cualquier rincón del universo. Borges, Burgess o Ellmann se han ocupado de esta pequeña cuestión, clave desde que Dios "ha muerto". La continuidad narrativa de *Ulises* está constituida por la deriva del día, un día que es como un río en la pantalla de la conciencia. El libro transcurre a caballo de un "monólogo interior" (Bloom, Dedalus, Molly) que se confunde con el hilo del tiempo. No hay ficción, ni acción, como algo contrapuesto a la épica del tiempo muerto. Por eso el hilo conductor, como en la poesía, es la odisea de los segundos en la vida de un perfecto don nadie, Bloom, y un artista que despierta, Dedalus.

Ulises es la crónica de un día cualquiera, la odisea de un pueblo que no tiene metas históricas, ni más obra que su supervivencia diaria en el anonimato. En este sentido, es posible que se trate de una novela demasiado sencilla para las mentes llenas de datos de los intelectuales. Es posible que encierre también los mejores momentos poéticos del siglo, junto con los *Cantares* de Pound. Una pequeña muestra: "Sigo adelante. Cielo de oro que se desvanece. Una madre observa desde la puerta. Llama a casa a sus niños en su oscuro idioma. Alto muro: detrás, cuerdas pulsadas". ¿No es esto la antítesis de un trabajo "vanguardista", hecho desde dentro de la intertextualidad literaria? Toda la obra de Joyce, incluyendo *Finnegan's Wake*, recuerda a una nueva irrupción del viento bíblico sobre nosotros.

Pero como nosotros siempre estamos instalados en el argumento, en el concepto, en el texto, necesitamos una articulación muy audaz para deconstruir ese amurallamiento y volver a asomarnos a los espectros de la vida elemental. Épica de los hombres sin fama, infames, *Ulises* nos propone recordar el heroísmo de una humanidad del subsuelo, unos huérfanos a los que sólo le quedan comprender el orden mudo de las cosas. ¿Qué podría decir nuestra famosa deconstrucción sobre este intento? Que sepamos, nada. Es Lacan quien ha arrancado esquirlas de Joyce, no Derrida.

No sé si Proust o Kafka, pero sí Eliot y Pound representan un intento paralelo. En los tres casos se trata de fundir el lenguaje articulado con la desarticulación del tiempo, de hacer visible el tiempo mismo... Tal vez todo gira en torno a una vivencia no negativa de la muerte. Un intento parecido al de Flaubert en *Madame Bovary*. Joyce cumple en la literatura, en primer lugar en la poesía, lo que parece ser el destino del hombre moderno: Dios ha muerto para que la existencia resucite. Rilke, Nietzsche o Beckett no serían posibles sin una insurrección del pensamiento que intenta acoger la herencia de esta tierra baldía como una última morada.

Madrid, 17 de junio de 2004.